



ACTO TERCERO.

Sala comun de una posada, decentemente amueblada. Mesa en el centro, sofás, sillas; puertas laterales á ambos lados que conducen á los cuartos de la posada; puerta en el fondo que conduce al exterior; varios periódicos en la mesa del centro, y una escribanía, plumas &c.

ESCENA I.

DONACIANO Y PRINTSELLER.

Donaciano. — ¿Sabe U., D. Guillermo, que este negocio me tiene disgustado? Solo por deferencia hácia U. y en vista del importe de su crédito, pude yo consentir en unirme con ese frances; y en verdad lo siento.

Printseller. — ¿Porqué Mr. Castilla?

Donaciano. — Porque veo que hemos errado el camino. La petulancia y pretensiones de Blaguefort aumentaron con la representacion que le dimos, y es seguro que, á fuerza de querer darse importancia y sacar ventajas, nos enredará en pleitos, que no apetezco.

Printseller. — Yo no he formado aun mi opinion, pero creo que sacaremos provecho de su

charlatanería y podremos dejarlo solo cuando nos convenga.

Donaciano. — Pues yo sí la tengo formada: estamos haciendo un papel que me repugna y desde anoche me está remordiendo.

Printseller. — ¡Oh! U. no tiene sangre fría.

Donaciano. — En efecto, no la tengo: tomo pronto mis resoluciones, y por mi parte estoy decidido á no seguir el camino que hemos adoptado.

Printseller. — ¡Oh! Mr. Castilla, nosotros venimos á cobrar.

Donaciano. — Es verdad, pero no venimos á arruinar á Lola.

Printseller. — ¡Oh! nó, efectivamente, nada de eso. Verémos lo que hoy nos diga Blaguefort de su entrevista con D. Nicolas.

Donaciano. — (Sacando el reloj.) Ya tarda, pues ha dado la hora de su cita. . . . pero creo que ahí viene.

ESCENA II.

LOS MISMOS, BLAGUEFORT.

Blaguefort. — (Entrando.) Yo temo haber hecho esperar á UU. señores. Yo pido á UU. mil perdones. Estuve ayer con D. Nicolas largo tiempo, y tengo el sentimiento de manifestar á UU. que ese estúpido no admitió nuestras generosas proposiciones, y creo ¡por Dios! que hasta se me ha hecho el insolente. Sí, él estaba muy enojado y temo que me ponga en mal con Lola.

Printseller. — No comprendo esa insolencia,

no pediamos tanto; y en fin, pediamos para que se nos ofreciera.

Donaciano.—En efecto poca cosa, la ruina de la muchacha.

Blaguefort.—Eso es no comprender sus intereses y la generosidad de nuestras intenciones. ¡Qué estupidez! ¡Esto es inaudito!

Printseller.—Ya que estamos solos, no hable U. tanto de nuestra generosidad; eso está bueno para D. Nicolas. Yo lo que deseo es que se me pague: reciba yo mis libras esterlinas....

Donaciano.—Lo mismo digo yo: reciba yo mis duros.....

Blaguefort.—Con la facilidad que tienen los mexicanos para prometer, él me hablaba de que haria toda clase de sacrificios, de que estaba dispuesto á hacernos compensaciones, pero yo, que los conozco, no quise dejarme atrapar.

Donaciano.—¿Por qué no escuchó U. sus propuestas? Si ellas eran racionales no podiamos negarnos á admitirlas.

Printseller.—Si se nos garantizara el pago á nuestra satisfaccion yo las admitiria.

Blaguefort.—¡Cómo, señores! ¿y nuestra dignidad? Despues de la repulsa insolente de ese viejo imbécil, nosotros no podemos dejar impune tan grande insolencia; nuestro honor está interesado en ello y el honor de Napoleon Blaguefort!.....

Donaciano.—(Con impaciencia.) ¡Qué honor ni qué calabazas! Aquí no se trata de honor, Mr. Blaguefort, aqui se trata de pesetas. Somos acreedores y no somos ningunos paladines; que se nos pague, ó al menos que se nos asegure el pago

Printseller.—Yo quiero mis libras esterlinas.

Blaguefort.—¡Oh! bien decia yo á la señorita

Lola el otro dia: el pueblo ingles es esencialmente mercantil; en cuanto al español.....

Donaciano.—¿Y qué tiene U. que decir del español? Los españoles, señor frances, no acostumbramos pelear por dinero; cuando no lo tenemos, sabemos ganarlo con nuestro trabajo.—Me parece que levanta U. demasiado la voz en una cuestion que, despues de todo, no es mas que un concurso de acreedores; y ya U. sabe que, en los concursos, el monto de las representaciones es lo que vale. Mr. Printseller, que es aquí el que ménos habla, representa en este negocio la suma de mayor importancia; sigo yo despues, y U., que habla mucho mas que los dos juntos, representa apenas doce mil pesos, procedentes de perfumeria y otras baratijas. Que cada uno hable aquí, pues, segun el monto de su crédito, y no pretenda U. imponernos su voluntad.

Blaguefort.—(Alzando la voz.) Yo he obrado en esta vez, señores, como representante de vv; vv. tienen que apoyar mi conducta, que obrar segun yo lo he determinado y de lo contrario...

Donaciano.—(Con violencia, encarándose con Blaguefort.) De lo contrario, de lo contrario ¿qué sucederá?

ESCENA III.

LOS MISMOS, D. ANTONIO.

Antonio.—(En la puerta, antes de ser visto por Blaguefort y Printseller.) [Parece que la triple alianza no está de lo mas acorde.]

Printseller.—(Con calma, acercándose á Blaguefort.) ¿Qué sucederá, Mr. Blaguefort?

Antonio.—(Adelantándose.) Caballeros saludado á vv.

Donaciano.—Caballero. (Inclinándose ante D. Antonio.)

Printseller.—Señor. [Id.]

Blaguefort.—Señor. [Id.]

Antonio.—Celebro encontrar á vv. reunidos. Sino me engaño, vv. son los señores D. Napoleon Blaguefort, D. Donaciano Leon de Castilla, y Don Guillermo Printseller.

Donaciano.—Servidores de U. (Todos se inclinan.)

Antonio.—Antonio Rubio, para servir á vv. UU. no me conocen á mí, pero yo, aunque no personalmente, conocía ya á vv. Soy señores, y esto explicará mi venida, tío de Doña Dolores Rubio, y me intereso sobremanera en el bienestar de mi sobrina.

Donaciano.—Estamos á la disposicion de U. Sr. D. Antonio. (Le ofrece asiento, y se sientan.)

Antonio.—Segun me ha informado D. Nicolas Molina, albacea de mi hermano D. Leandro, vv. son apoderados de diferentes acreedores de Inglaterra, de Francia y España, á la testamentaria.

Donaciano.—En efecto, es así.

Antonio.—El mismo Molina me ha dicho que ayer el Sr. Blaguefort le ha hecho á nombre de vv. unas propuestas que me permitirán vv. califique de inadmisibles.

Blaguefort.—¡Oh! ellas son muy racionales, muy ventajosas y si no se admiten.

Antonio.—Suplico á U. me deje continuar. Esto no quiere decir que la testamentaria no esté dispuesta á hacer toda clase de esfuerzos, y aun sacrificios, para cumplir sus compromisos.

Blaguefort.—(Con violencia.) ¡Oh, scñor, se

nos han hecho tantas veces promesas iguales y siempre hemos sido engañados.

Antonio.—(Con calma.) Es una expresion algo fuerte; pero, si no me equivoco, U. es frances y tiene el genio volcánico de su nacion. Volviendo al asunto: repito que el Sr. Molina está en la mejor disposicion para entrar con vv. en arreglos.

Donaciano.—Estamos dispuestos á escuchar las propuestas que U. nos haga.

Printseller.—Si ellas son ventajosas.

Blaguefort.—¡Oh! es seguro que se nos ofrecerán montes de oro; los mexicanos siempre ofrecen, pero al cumplir.

Antonio.—Caballero, tambien á los mexicanos se nos acaba la paciencia y confieso á U. que se me va acabando la mia.

Printseller.—Yo represento contra la testamentaria 42 mil libras: ¿qué me ofrece U? ¿qué garantías me da?

Antonio.—Conozco el monto de los créditos de vv. y su respectiva importancia; y, si no me engaño, el de Mr. Blaguefort es una friolera.

Blaguefort.—¡Oh! ¡friolera! ¡friolera!

Antonio.—(Continuando.) Por lo mismo, contando con la aquiescencia de los créditos mas fuertes, pongo en manos de vv. las propuestas que hago, á nombre de la testamentaria; en la inteligencia que la garantía que ofrezco en este pliego, (Lo entrega á Donaciano.) de todos mis bienes, que son de mayor cuantía aun que los de mi sobrina, estoy dispuesto á darla en la forma que vv. me exijan.

(Donaciano toma el pliego y lo examina con detencion.)

Blaguefort.—Las garantías deberán ser á mi entera satisfaccion, se lo advierto á U.

señor, mi crédito es de toda preferencia.

Antonio.—Déjeme U. oír primero á estos señores, y despues nos entenderémos.

Donaciano.—(Que ha leído el pliego.) Por mi parte quedan admitidas estas propuestas y es negocio arreglado. (Sr levanta, firma el pliego y lo pasa á Printseller junto del cual se queda.)

Printseller.—(Saca el lente, examina el pliego y despues de un rato de reflexion se levanta lo firma y lo pasa á Antonio.) Admito por mis 42 mil libras esterlinas.

Blaguefort.—(Al recibir el pliego de Antonio se levanta y lo examina en un extremo de la escena.) [Admite el ingles, admite el español. No puedo hallar un pretexto para no aceptar.] (Sigue leyendo el pliego con suma lentitud.)

Antonio.—(Acercándose con calma.) ¿Ha concluido U. Mr. Blaguefort.?

Blaguefort.—Estas cosas demandan sumo detenimiento, mucha reflexion; U. tendrá la bondad de esperarse. (Fingiéndose leer.) ¡Hallara yo un pretexto!

Antonio.—(A Printseller y Donaciano.) Señores, cuando vv. gusten, pueden pasar á mi casa, que ofrezco á su disposicion; allí extendémos los documentos que á vv. les parezca, ó vendré yo á la de vv. á la hora que se sirvan fijarme. (A Blaguefort con alguna impaciencia.) ¿Ha concluido U, caballero.?

Blaguefort.—Acabo, acabo, Sr. D. Antonio; es necesario pesar todas las palabras. (Sigue leyendo.)

Donaciano.—Pasaré á casa de U., caballero, porque en un cuarto de posada no hay la mayor comodidad.

Printseller.—Mañana, á las nueve, estaré en casa de U. Mister Rubio. Es negocio concluido.

Antonio.—(Impacientado, á Blaguefort.) Sr. Blaguefort, ha leído U. ya tres veces!

Blaguefort.—(¡Ah! ¿por qué no pude hallar un pretexto?) (Doblando el pliego). Pudiera ser necesario leer otra vez; pero creo que puedo decir á U. que, deseando dar una prueba de deferencia á U. y de las simpatias sinceras que me ha inspirado su sobrina, la amabilísima Lola, admito. (Firma.) U. sabe lo que vale la palabra de un frances y U. puede contar con que, por mi parte, es negocio enteramente arreglado. (Dá el pliego á Antonio.)

Antonio.—Celebro, señores, la conclusion amistosa de un negocio, que amenazaba ser sumamente desagradable. Aprovecho esta ocasion para ofrecer á UU. mi amistad y mi casa en donde tendré sumo gusto en verlos.

Donaciano.—(Dándole la mano.) Haré uso del bondadoso ofrecimiento de U.

Printseller.—(Id.) Servidor de U.

Blaguefort.—(Id.) Yo tengo el honor, señor, de ofrecerme á sus órdenes. (Váse D. Antonio.)

ESCENA IV,

LOS MISMOS, ménos D. ANTONIO.

Blaguefort.—[Con volubilidad.] El dia está hermosísimo y convida á dar un paseo. Despues de tratar de negocios, es necesario pensar algo en divertirse; y este maldito Veracruz, con su calor, con sus mosquitos y su vómito prieto ofrece tan pocas distracciones! La encantadora Lola habrá extrañado no haberme visto hoy. En un pais en que los hombres, como yo, son

muy escasos, mi conversacion debe ser de gran precio para ella. Esto unido á que, como UU. saben, las mujeres de todos los paises tienen un "faible" hácia los franceses..... Y despues, yo le hablo de Paris, del hermoso Paris, de sus magnificos teatros, de sus paseos, de los "Boulevarts", de las modas, de la corte, de la emperatriz, del gran Napoleon; en fin, ella está encantada!—No se enoje U. conmigo, Sr. D. Donaciano, pues creo que no le es indiferente la bonita Lola.—Y tambien nuestro flegmático Mr. Printseller!... Me parece que han hecho impresion en su impasibilidad los lindos ojos de la mexicanita.—Con que hasta luego, Señores; yo me voy á ver á la perla de Veracruz. (Váse.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, ménos BLAGUEFORT.

Printseller.—¡Oh! ¡qué frances tan charlatan! ¡Todos son lo mismo!

Donaciano.—A fé mia, que no sé como fuimos á mancomunarnos con él! ¡Cómo queria imponernos su voluntad, siendo él quien ménos voz ni voto debia tener!

Printseller.—¡Oh! ¡qué fatuidad! El cree ya segura la conquista de Lola.

Donaciano.—¡Pobre Lola con semejante paratarato! ¡Cómo podria una jóven tan amable, de talento y graciosa, hacer el menor caso de semejante torbellino! Lola es digna del cariño de un hombre de valia.

Printseller.—¡Oh! ¡Lola es jóven de gran valor! ¡Ella debia ser inglesa!

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y PEPE.

(*Entra Pepe seguido de un criado que conduce una maleta y un saco de noche. El criado deja los bultos en el suelo, cerca á la puerta y espera.*)

Pepe.—(Al criado.) Puedes irte ya Juan..... Ah! toma. (Le da una moneda y se adelanta hácia Donaciano y Printseller. El criado sale.) Señores, perdonen UU. que los interrumpa: ¡Tendrá alguno de UU. la bondad de decirme dónde se halla el administrador de las diligencias? No lo he hallado en el despacho y he venido hasta aquí á buscarlo. Necesito con urgencia un boleto para el coche que sale esta noche para México.

Donaciano.—Ha salido el Sr. administrador, pero esta es hora en que suele volver y generalmente viene un rato á esta sala donde nos reunimos los pasajeros. Si U. gusta esperar.

Pepe.—Con permiso de UU. esperaré sentado en este sofá. (Toma un periódico y se sienta.) No interrumpán UU. su conversacion. Voy á leer un rato mientras vuelve el Sr. administrador.

Donaciano.—(A Printseller.) Volviendo á nuestro coacredor, él ha visto que la fortuna de Lola es grande y no se encuentran así 10 ó 12 millones de francos, en cualquier esquina. (Pepe al oir el nombre de Lola, finge leer, prestando atento oido á la conversacion.) Con la fatuidad que le es genial, se imagina que, como César, solo tiene que presentarse para vencer. Sin duda creará que la magnanimidad de su con-

ducta, al admitir las propuestas de D. Antonio, bien merece una recompensa, y no dudo que, á estas horas, acaso le estará haciendo á Lola una declaracion incendiaria.

Pepe.—(Levantándose y acercándose á Donaciano.) Dispénseme U., caballero: U. ha pronunciado el nombre de una mujer y, aunque es nombre bastante comun entre nosotros, el estar él mezclado con créditos, acreedores, y arreglós, me hace sospechar que sea el de una persona por quien, además de los lazos del parentezco, tengo el mas vivo interés: ¿hablarían UU. acaso de la Srita. D.^{ca} Dolores Rubio? No me juzgue U. indiscreto y tenga U. la bondad de contestarme.

Donaciano.—De la misma hablamos, caballero.

Pepe.—Y el nombre del Señor á quien U. aludía ¿tendría U. embarazo en decirmelo?

Donaciano.—Ninguno; es un frances llamado Mr. Napoleon Blaguefort.

Pepe.—(El mismo de quien ya me habian hablado. No creía yo al hombre tan emprendedor. Suspendo mi viaje y me quedo. Si, la policia me atrapa, ya verémos de salir del paso; primero es Lola que todo) (A Donaciano Doy á U. las gracias por su bondad. Soy José Maria Perez, primo de la jóven de quien U. hablaba y tengo el gusto de ofrecerme á sus órdenes. (Se inclina ante Printseller que le vuelve su saludo.) A la disposicion de UU. señores. (Váse.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ménos PEPE.

Donaciano.—Parece que todo el mundo es aqui aficionado á Lola. ¿Si será solo interés de primo?

Printseller.—Es demasiado vivo el interés, para ser únicamente de primo.

Donaciano.—(Asi lo temo.) Pues si es así, trabajos le mando á Mr. Blaguefort. El jóven parece resuelto y nada lerdo.

Printseller.—Yo me alegraría. Blaguefort me choca profundamente.

Donaciano.—A mi me fastidia de tal manera que ya deseo el momento de salir de esta casa, ó que él la deje, para no sufrir á toda hora su sempiterna charlataneria.

Printseller.—¡Oh! yo tendré que sufrirlo muy-poco tiempo. Soy capaz de volverme á Inglaterra, sin concluir mis negocios, solo por no verlo.—Tengo algunas cartas que escribir y voy á mi cuarto por un rato. Hasta luego Mr. Castilla. (Váse.)

ESCENA VIII.

DONACIANO SOLO, despues UN CRIADO.

Es cosa particular como á todos les cae en gracia este Mr. Blaguefort. Cada dia me admira mas como pudimos, el ingles y yo, hacer la locura de unirnos con semejante hombre. En la que nos iba á meter! Yo lo que deseo es asegurar el pago de lo que se me debe y volverme á mi casa, dónde tengo negocios que deman-

dan mi atención.—Afortunadamente pronto se dió á conocer el frances. Las cosas están en via de arreglo y muy en breve quedará todo arreglado ¡Qué fatuidad, la del Blaguefort! considere ya á Lola como suya. (Pausa.) El primito me da en que pensar... pero ¡bah! probaremos siempre vado y si no surte efecto, nos volveremos á España, que tambien allí hay mujeres. Los hombres de negocios no debemos dar mucho tiempo á sentimientos del corazon.

Juan.—(Entra y le entrega varias cartas.) Un cargador acaba de traer estas cartas para U.

Donaciano.—Son cartas de Cádiz, vamos á leerlas con espacio.

ESCENA IX.

JUAN SOLO, despues BLAGUEFORT.

(Se ocupa en arreglar las sillas, asear la mesa, donde pone en orden los periódicos &c.)

Juan.—¡Vaya unos pasajeros para recibir cartas! Todo el dia se lo pasan escribiéndolas ó leyéndolas. No debe ser muy divertido ser uno hombre de tantos negocios.

Blaguefort.—(Entrando con precipitacion.) Muchacho, ¿dónde están el Sr. ingles y el español?

Juan.—Al ingles lo supongo escribiendo en su cuarto, pues no hace otra cosa todo el dia; en cuanto al español, le acabo de entregar un paquete de cartas y se ha ido segun él dijo, á leerlas con espacio.

Blaguefort.—Vé á llamarlos. Diles que los es-

pero aqui; que es para asunto que importa. (Vá. se el criado.)

ESCENA X.

BLAGUEFORT, SOLO.

No hé perdido la mañana.—Es verdad que no tuve el dulce placer de encontrar á la encantadora Lola, pero no lo siento:—ella habia salido, segun me dijeron los domésticos.—Guiado por un presentimiento, que ahora me explico, penetro á las habitaciones de Lola.—Los domésticos, que me ven entrar con frecuencia á la casa, me dejan hacer.—De pieza en pieza, llevo al gabinete de la señorita; apercibo sobre un elegante escritorio una carta comenzada, con cierto perfume que de lejos decia era de amores.—Me acerco, casi involuntariamente, y leo un principio que me interesa: “Pepe adorado” decia; pienso que no debia continuar; pero al momento reflexiono que en este pais, medio salvaje, todo es permitido.—Contintio leyendo: era una carta llena de pasion y de ternura; en ella se hablaba de retrato, de cartas dadas á guardar... Sobre el escritorio habia un bultito y un estuche.—En el momento mi penetracion adivina que son el retrato y las cartas en cuestion. Me encanto con este hallazgo y, con la rapidez del rayo, hundo en las faltriqueras de mi levita cartas, retrato y bultito, y me salgo impasible de la casa.—Esta se halla á unos cuantos pasos de la posada.—Necesitaba imponerme de las cartas á solas y, antes de volver á mi cuarto, me dirijo al muelle, donde he pasado un rato muy divertido.

—En un instante nace un plan admirable en mi fecundo cerebro y.....

ESCENA XI.

EL MISMO, DONACIANO Y PRINTSELLER. (que entran á la vez.)

Donaciano.—¿U. nos ha llamado?

Blaguefort.—Sí señor, á U. y al Sr. Printseller.

Printseller.—Yo estoy aquí.

Blaguefort.—Señores, la escena ha cambiado completamente. Hé logrado, por medios que no es necesario referir, hacerme de documentos que me ponen en posicion de exigir, de la testamentaria nuestra deudora, lo que nosotros queremos.

Printseller.—Ese es negocio concluido.

Donaciano.—¿No hemos dado ya nuestro consentimiento á las propuestas de D. Antonio?

Blaguefort.—¡Oh! esas son niñerías. Yo repito á UU. que tengo en mi poder documentos, con los cuales, presentándolos, ó tan solo amenazando darles publicidad, toda la riqueza de Lola, Lola misma son nuestras.

Donaciano.—¿Cómo niñerías! ¿Y nuestras firmas?

Blaguefort.—Oh! Ellas no valen mas, para mí, que el papel en que están escritas.

Printseller.—(¡Oh! ¡qué pillo!)

Donaciano.—(¡Bribon,! pero sepamos su plan) ¿Qué documentos son esos?

Blaguefort.—Oh! ellos valen oro en polvo! Figúrense UU. una coleccion completa de cartas de la señorita Lola á su amante, retrato, ri-

zos de pelo.—Las cartas merecen ver la luz pública—escritas en un estilo ardiente, tropical... Sería otra Nueva Eloisa.

Printseller.—(Oh! shocking!) ¿Y que nos importan esas cartas?

Donaciano.—Deben devolverse en el acto á su dueño.

Blaguefort.—¡Oh! ¿luego UU. no comprenden?—¡qué candor! ¿No ven UU. todo el partido que se puede sacar de esas cartas? No tienen UU. pues inventiva, es necesario explicarles todo.—Creo que tanto Mr. Printseller como el Sr. de Castilla se interesan á la encantadora Lola. Yo diré francamente que estoy frenéticamente enamorado. No quiero valerme de mi posicion—UU. niegan su consentimiento al convenio semi-pactado con D. Antonio, yo pongo estas cartas y demás objetos, de un valor inestimable, en la compañía que celebramos desde hoy.....

Donaciano.—¿Qué ganamos con esas prendas de tan gran valor?

Blaguefort.—¿Cómo qué?—Obligar á Lola á que nos entregue todas sus fincas, amenazándola con publicarlas; mas aun, á que su persona sea del afortunado mortal que elija la suerte de entre nosotros tres, porque yo llevo mi generosidad hasta el extremo, y les propongo á UU. que la suerte decida, á quien debe pertenecer esa perla mexicana. Por supuesto que el dueño de la señorita y de su fortuna, hará compensaciones monetarias, anteriormente estipuladas, á los dos menos afortunados.

Donaciano.—(¡Qué pillo tan rematado!) ¿Y sabe U., Sr. Blaguefort, como se llama en mi lengua la accion que U. nos propone?

Blaguefort.—¿Cómo Sr. de Castilla? ¡Aprovecharse de la "Soledad" y hacerse, de cual-

quier manera y por cualquier medio, de las armas y posiciones del enemigo para obligarlo á rendirse! para un frances, esta es una combinacion sublime.

Donaciano.—Pues en castellano, eso se llama sencillamente una infamia.

Blaguefort.—¡Sr. de Castilla!

Printseller.—En ingles se llama exactamente lo mismo.

Blaguefort.—¡Mr. Printseller! ambos me daran una satisfaccion. Jamás se dirá que un frances se ha dejado insultar!.....

Printseller.—Yo he visto algunos. Mi cuarto es vecino del de U.

Donaciano.—Ni soy espadachin ni entiendo de desafios, pero U. me los explicará Mr. Blaguefort.

Printseller.—Yo pido á U. un primero y último favor.

Blaguefort.—¿Y es?.....

Printseller.—Que olvide U. haberme conocido.

Blaguefort.—Señores, á ambos les pesará haberme conocido. Yo probaré á UU., en otro terreno, que Napoleon Blaguefort.....

ESCENA XII.

LOS MISMOS, PEPE.

Pepe — Señores, saludo á UU. (*Dirigiéndose á Blaguefort.*) Por el aire, por la facha y porque me lo dice mi odio, conozco que U. es el Sr. Blaguefort.

Blaguefort.—Ese es mi nombre, caballero.

Donaciano.—(¡Buena la vamos á tener!) (*Se sienta á un extremo de la escena*)

Printseller.—(¡Oh! ¡yo me voy á divertirl!) (*Se sienta al otro extremo y saca su lente para observar.*)

Pepe.—(*A Blaguefort.*) Me llamo José Maria Perez, soy pariente de la Srita. Rubio, y supongo que U. adivinará á lo que vengo.

Blaguefort.—¿Yo? no ciertamente. Yo no tengo el honor de conocer á U.

Pepe.—Vengo á pedir á U. me entregue, en el acto, los diversos objetos que ha sustraído U. del gabinete de la señorita Rubio.

Blaguefort.—(¡Diablo! este hombre poco civilizado puede cometer un atentado! ¡Estos mejicanos usan puñal!) U. me insulta, caballero, y yo no tolero insultos.

Pepe.—Pocas palabras, y al grano: ¿Me devuelve U. esas prendas?

Blaguefort.—Repito que U. me insulta. U. asegura un hecho que no prueba, y mi reputacion.....

Pepe.—[*Con cílera que irá aumentándose hasta el final de la escena.*] Yo he visto salir á U. de la casa de mi prima; ella misma me ha dicho que los objetos que yo le reclamo á U., fueron robados de su gabinete; los criados me han asegurado que U. era la única persona que habia penetrado en su aposento ¿quiere U. mas pruebas? ¿me devuelve U. esas prendas?

Blaguefort.—¿U. pretende que esas son pruebas?

Pepe.—He dicho á U. que no quiero hablar mucho. Estoy convencido de que U. tiene las prendas robadas. No he de emprender con U. una lucha de ganapan, para quitárselas y hay otros medios que U., frances, debe conocer.

He insultado á U. varias veces. He dicho que habia prendas robadas y que U. era.....

Blaguefort.—¡Cuidado, señor, cuidado y no profiera U. un insulto!....

Pepe.—Pero ¿qué mas insultos quiere U?

Blaguefort.—Yo no los he tomado por tales. Estamos en un pais en que no pueden regir las leyes del honor, hechas para los paises de la culta Europa....

Pepe.—¡Basta, insolente! ¿Qué debo hacer para que U. se bata? ¿Se batirá U. conmigo? Si ó no? (*Dándo un paso hácia él, con ademan amenazador*)

Blaguefort.—(*Con impudencia.*) Si y no. No ahora, porque la mision que tengo que desempeñar es de una trascendencia grande para la casa de Moulins y C.^{as} Yo nunca rehusó batirme, al contrario, para mí es un placer. Pero mis deberes de hombre de negocios refrenan, por ahora, mi cólera y mi ardimiento. No perderá U. sin embargo por esperar, señor. Cuando yo haya concluido mi mision, que repito es muy importante, y haya dado cuenta de su resultado á la casa de Moulins y C.^{as}, U. me tendrá á sus órdenes (*Dándole una tarjeta*) en Paris, calle de Vivienne, núm. 27, en el entresuelo. Para no perder tiempo, desde ahora podemos escojer las armas.

Pepe.—[*Exasperado, volviéndose á Printseller y Donaciano.*] ¿Habian UU. visto una cosa igual, señores? ¡Por Dios! diganme UU. que debo hacer con este hombre, para obligarlo á batirse, ó me ahoga la cólera.

Printseller.—(*Levantándose con calma.*) Echarlo por el balcon.

Blaguefort.—¡Cuidado! ¡cuidado con las vias de hecho! El Sr. cónsul de S. M. I. en este puer-

to, el Ministro plenipotenciario de S. M. I. y su misma M. I. Napoleon III, reclamarian tan grande atentado; y la República tendria que pagar indemnizaciones muy considerables, por el menor daño que se hiciera á la persona de un súbdito de S. M. I.

Printseller.—(Yo daría mil libras esterlinas por un par de costillas rotas.)

Pepe.—[*En el colmo de la desesperacion.*] Señores, por Dios, ¿qué debo hacer?

Donaciano.—(*Se levanta y acerca á Pepe.*) Señor D. José Maria, lo mejor que U. tiene que hacer con este hombre es dejarlo; porque, decidido como está á no batirse, U. no podria mas que exponerse á demandas ante los tribunales que, cuando ménos, le traerian mayores disgustos. (*Tomándole del brazo.*) Vamos, vamos. En estos casos lo mejor es el desprecio.

Pepe.—(*Resistiéndose á salir.*) ¡Y hé de dejarle el retrato y las cartas de Lola!

Printseller.—(*Tomándole del otro brazo.*) En mi pais se usa el *box*; U. no quiere apelar á esta arma, vámonos (*Se lo llevan casi á la fuerza*).

ESCENA XIII.

BLAGUEFORT, SOLO *con ademanes de cólera.*

¡Han hecho bien en llevárselo, porque ya mi paciencia estaba al cabo! ¡Han hecho bien en quitármelo de delante! ¡Oh! ¡si no estuviera yo ligado por la mision de importancia que me ha confiado la casa de Moulins y C.^{as}!... ¡Qué sacrificio he tenido que hacer á mis deberes de hombre de negocios! El honor mercantil ha sofocado el honor frances. Pero no obstante, este tam-

bien ha quedado bien puesto, pues, aunque bien considerado, en un país como este, semi-salvaje, las leyes del duelo no pueden tener su aplicación y yo no estaba obligado á batirme con un hombre que, seguramente, traía escondido algún puñal envenenado. ¡qué horror!.. yo le he dado cita en París, calle de Vivienne, núm. 27, en el entresuelo. Allí lo espero.



ACTO CUARTO.

Decoración del primer acto.

ESCENA I.

LOLA, SOLA *sentada cerca de la mesa con varias cartas en la mano.*

¡Qué objeto se habrá propuesto el que cometió la felonía de llevarse mis cartas y mi retrato? Es una felonía inútil, pues fuera del valor que ellas pueden tener para Pepe y para mí ¿á quién mas pueden interesar? [*Páusa.*] ¡Si fuera para valerse de ellas, como de una arma, contra ambos! ¡Qué cálculo tan errado! Todo Veracruz sabe nuestros amores: ellos datan, se puede decir, de nuestra infancia, y yo lejos de ocultarlos me glorío de la pasión de Pepe, y tengo orgullo en corresponderle. [*Páusa.*] Mas se me olvidaban estas cartas, que me ha entregado un criado hace poco: leámoslas [*Lee la primera.*] ¡Vaya una cosa graciosa!—El inglés también... Veámos